

XIII

LA MARQUESA

Mientras Jim esperaba delante de la verja, Vaughtant y sir Franck penetraron en el interior de la casa. Era bien distribuida, de un lujo sólido y comfortable... pero sir Franck fué, bien pronto, distraído en su examen.

Al pasar por una de las salas, por la ventana abierta, vió en un balcón de la villa vecina á una joven que, con la cabeza entre las manos, estaba en actitud meditativa... y esta joven no era otra que la encontrada en Picadilly. Decididamente la casualidad se divertía en ponerle delante de la bella.

¿La casualidad?

Si el antiguo Residente, en lugar de ver tanto á la bella en Picadilly, hubiera observado más atentamente á su cochero, puede ser que le hubiese encontrado gran parecido con Roberto Vaughtant, legista, que le hacía visitar una villa de los « Jardines ».

Pero sir Franck, como cualquier otro en su lugar,

sólo había visto á la joven sin prestar atención al cochero.

El hombre de negocios no quitaba los ojos de su cliente, y una leve sonrisa pasó por sus labios, cuando vió que la sorpresa de sir Franck no estaba desprovista de emoción. Y como éste permaneciese ante la ventana en actitud contemplativa, la sonrisa de Vaughtant se acentuó.

Sir Franck, absorto en su contemplación, no se daba cuenta de nada. Decididamente estaba intrigado.

— ¿Quién es esta dama? preguntó volviéndose.

— La marquesa, respondió complacientemente el asociado de Day-Lily.

— ¿La marquesa? interrogó el antiguo residente.

— Oh! no una marquesa de veras... Aunque por su belleza sea digna de serlo; se le llama así, porque el viejo marqués de Hackney le ha regalado ese hotel, su tren, sus alhajas.

Sir Franck pareció desilusionado.

— Y, sin embargo, siguió el hombre de negocios, ella no es la querida del marqués... es una virtud.

— ¿Cómo así...?

— Una virtud, milord. Se dice que si ella acepta los regalos del marqués, es forzada por una persona de su familia que la terroriza...; pero á pesar de esta presión, y de su generosidad, el viejo amoroso no ha avanzado nada... todo lo que ha podido obtener es ser recibido todos los días, media hora, delante de testigos... Corren rumores que se ha arruinado por ella, ó está muy cerca ya... ¡Esta es la Marquesa!

Franck había escuchado á Vaughant con atención, pero sin perder de vista á la joven.

Le parecía, en efecto, que sobre su resplandeciente juventud flotaba un vago velo de tristeza; y se indignaba al pensar que ejerciesen sobre ella presión, basando en su belleza cálculos indignos.

De repente, vió que levantaba los ojos y le miraba; sus miradas se cruzaron, y la joven enrojeció.

Por discreción se retiró él, y volviéndose á Vaughant.

— Está bien, dijo, compro la casa.

Mientras estas palabras se cambiaban entre sir Franck y Vaughant, no se imaginaba el antiguo residente que se hablaba de él en la villa vecina.

La conversación tenía lugar entre la marquesa y la Srta Sun-Ray. Había un gran parecido entre las dos, pero Sun-Ray tenía de veintiocho á treinta años, y la marquesa de diez y siete á dieciocho.

La marquesa, como hemos dicho, estaba en el balcón. Miss Sun-Ray había entrado al cuarto, sin hacer ruido, y se había sentado tras la cortina, de donde veía sin ser vista; y lo mismo que Vaughant había sido testigo de la emoción de sir Franck.

— ¡Bien! mi bella Georgina, dijo á quemarropa. Hete ahí en tus continuos ensueños. ¿En qué sueñas?

La Marquesa se agitó como despertada bruscamente. Se creía sola.

— ¿En qué sueño? murmuró con voz dulce ¿Lo sé acaso? En nada alegre, ciertamente.

— Yo sí lo sé, dijo agriamente miss Sun-Ray, y no estoy contenta de tí.

Georgina, que se había vuelto hacia su hermana mayor, bajó los ojos con aire sumiso, aunque temblando.

— Siempre tus locas ideas, siguió miss Sun-Ray. Tú eres muy desdichada á pesar que me ingenio por hacerte rica, por hacerte feliz, y envidiada por las mujeres.

— Yo no soy ambiciosa ni orgullosa, Jenny.

Parece que Day-Lily, ó miss Sun-Ray, llevaba también el nombre de Jenny.

— Tú tienes la culpa, exclamó. Quiero hacer de ti una gran dama á pesar tuyo. Una inocente, como tú, no debe discutir la voluntad de una hermana con más experiencia.

— Obedezco, hermana mía, desde luego que estoy aquí y creo te equivocas Jenny, ó me parece... Tódo el oro del mundo no puede hacer feliz á una mujer cuando hay que adquirirlo al precio de obsesiones como las que me torturan... Ese viejo...

— Y bien, Georgina. ¿Ese viejo?

— Sus visitas son para mí una vergüenza y un suplicio intolerables.

— Sin embargo ¿qué te pide? El derecho de verte cada día durante algunos minutos... convencerse cada día, una vez más, de tu desdén... y arruinarse por ti...

— Es demasiado, hermana mía, te lo juro, no me pide nada, es verdad, pero bien sé lo que esconde su silencio, sus miradas suplicantes me parecen insultos. Tengo horror de sus riquezas que me obligan á aceptar. Con gusto te las dejo.

Miss Sun-Ray alzó los hombros compasivamente. Pero sin duda entraba en sus cálculos halagar á su hermana, de quien siempre exigía obediencia pasiva. En lugar de imponerle silencio, dulcificó el tono de su voz.

— Vamos, Georgina, bien veo que serás siempre la misma. Jamás se te podrá cambiar... Esas repugnancias infantiles y escrúpulos me asombran, porque tanto tú como yo hemos salido de un medio donde no existen prejuicios.

— No son prejuicios, hermana mía, sino sentimientos naturales contra los cuales no puedo luchar.

Miss Sun-Ray no había acabado de explicarse.

— Pero, en fin, Georgina, tú eres mi hermana, y quiero que me ames. Pues que ese sacrificio te parece tan duro, he resuelto no violentar más tus repugnancias.

Un rayo de esperanza iluminó los bellos y glaucos ojos de Georgina.

— ¿En verdad? ¿Ya no tendré, entonces, que sufrir las visitas del viejo Hackney?

— Confieso que el viejo Hackney es un suspirante de aspecto poco seductor, y comprendo que no te agraden sus pretensiones.

— ¿Esto quiere decir que me permites no recibirlo? exclamó aún Georgina.

Miss Sun-Ray no respondió directamente; mostrando con el dedo la ventana de la casa de enfrente, donde estaba sir Franck, interrogó:

— Dime, bella Georgina, ¿conoces á ese caballero que desde hace cinco minutos, por lo menos, está

sumido en muda contemplación tuya? Palabra de honor que está en éxtasis, y apuesto que esta contemplación te es menos odiosa que la del viejo.

Interpelada así, la joven alzó los ojos y percibió á sir Franck. Este fué el momento en que el ex-residente la vió sonrojarse, y no queriendo ser indiscreto se había retirado.

— No, Jenny, respondió Georgina, no le conozco.

— ¡Y bien! añadió un poco irónicamente miss Sun-Ray, he ahí un hombre agradable á la vista, de rostro noble, de maneras elegantes, á quien las mujeres sonríen, con gusto... Añado que te equivocas al decirme que no le conoces.

— ¿Cómo es eso?

— Bien! Tú le has sonreído hace poco al encontrarlo en Picadilly. Y hete ahí toda roja por haberte encontrado un momento bajo su mirada.

Georgina no protestó. A decir verdad, ella encontraba que el caballero en cuestión era bien guapo.

— No es tan sólo un caballero guapo, siguió miss Sun-Ray, sino también un héroe de novela. Su nombre es sir Franck Zephyr.

— ¿El antiguo residente de Nepal? preguntó Georgina con interés.

— Este es el mismo de la historia que te he contado, y que veo no has echado en olvido.

Maquinalmente la joven volvió los ojos hacia el lugar donde estaba, poco hacía, el aventurero cuya historia su hermana le había confiado algunos días antes.

Con viva satisfacción miss Sun-Ray vió este movimiento. Gran conocedora del corazón femenino, había obtenido el efecto que deseaba producir en su hermana.

— Bien, Jenny, dijo ésta, después de lo que me has contado, es tal como me lo figuraba.

Sun-Ray tomó un aire distraído.

— ¿Qué decíamos hace poco? Te agradaría no recibir ya al viejo Hackney?

La joven juntó las manos en actitud suplicante.

— ¡Ah! hermana mía, si hicieras esto! suspiró.

— De ti depende...

— ¿Qué hay que hacer? preguntó Georgina.

Sun-Ray tuvo una sonrisa maquiavélica.

— Algo que, tal vez, te sea agradable, respondió. Salvar la vida á sir Franck.

— ¿Qué quieres decir?

— Verás, respondió con impasibilidad Sun-Ray. Sir Franck Zephyr fué encargado de ir por el diamante que la Compañía de las Indias ha ofrecido á la reina. Pero se sospecha que ha cambiado el diamante por una piedra sin valor, apropiándose el verdadero. Este famoso diamante vale cincuenta millones de francos. ¿Comprendes?

— Aún no.

— Escucha pues. Este diamante, ya sea que lo tenga sir Franck, ó la reina, he resuelto apropiármelo...

— ¿Tú?

— Yo misma. Pero antes de intentar nada, quiero saber quién lo tiene, y tú me comprenderás en seguida. ¿Me escuchas?

Sin duda Georgina conocía muchas cosas del pasado de su hermana, porque, pálida como una muerta, hizo con la cabeza un signo afirmativo.

— Si el diamante Koh-i-noor, siguió Sun-Ray, es el que la reina expondrá, bajo una vitrina blindada, en la « Great-Exhibition » que se vá á abrir en el palacio de Cristal, hácia ese lado dirigiré mis baterías y dejaré tranquilo al Residente, que parece te interesa, y á quien tú interesas ciertamente, pues que lo he sorprendido en éxtasis ante tu belleza. En el caso contrario...

— En caso contrario! preguntó la joven con voz débil.

— En caso contrario, es bien sencillo, mi querida hermana; intentaré quitar á sir Franck el tesoro que injustamente se ha apropiado... Tú bien me conoces para saber que, llegado el caso, la vida de un hombre pesa poco entre mis manos y las de mis amigos.

En efecto, Georgina debería saber esto, porque se estremeció.

— Pero sin duda te equivocas, Jenny, objetó ella. Sin conocer á sir Franck, sino por lo que me has contado de él, y por haber visto su conducta discreta de hace poco, le creo incapaz de haber operado la sustitución que supones.

— Ya veo que tienes buena opinión de él; pero eres una joven inocente y no tienes experiencia de los hombres...

— Quiero creer, hasta que sepa lo contrario, que tienes razón, y mucho sentiría llegar á medios

extremos con un tan guapo caballero. Pero se trata de un asunto grave para que me lance á la ligera... Por un lado cincuenta millones y por el otro la horca... Tengo que recibir informes, y para ello cuento contigo....

— Conmigo, exclamó Georgina, retrocediendo bruscamente.

Sun-Ray soltó una carcajada.

— Si ya bien sé que eres una joven virtuosa y no puedo aconsejarte que seas la querida de sir Franck... pero sólo con la condición que me ayudes te libraré de las obsesiones del marqués.

Georgina se puso á llorar silenciosamente; sabía que las súplicas eran inútiles; pero ¿qué era lo que su hermana deseaba? Sun-Ray no se había explicado aún, y ella no tenía valor de preguntarle.

— Eres bella, admirable, irresistiblemente bella, continuó Sun-Ray; sin faltar á sus principios virtuosos una joven como tú puede hacer perder la razón á un hombre, aunque éste sea un Franck Zephyr. Una sonrisa tuya bastará para hacerle caer á tus pies. Te adorará si quieres, y te abrirá su corazón. Acaso, por el favor de besar tu mano, te suplique aceptes ese maravilloso diamante, como la única mujer digna de poseerlo. Ya ves, Georgina, la vida de ese hombre pende de un hilo, y se te ofrece la ocasión de salvarlo.

Georgina no respondió. Se retorció las manos de indignación, de terror, de vergüenza y de desesperación.

— Después de todo, concluyó Sun-Ray tomando un

aire indiferente, acaso esté en un error creyendo te interese ese caballero, tan sólo por una mirada de admiración que te ha dirigido. Si mi proposición no te agrada, dejemos á sir Franck correr su suerte.

Georgina tampoco respondió; su garganta se negaba á dar paso á la voz.

— Una cosa sí debo prevenirte, añadió su tirano, y es que el viejo Hackney tan discreto y poco molesto hasta hoy, va á venir en seguida, y acaso manifieste ahora exigencias, á que no me podré sustraer dada su generosidad, si, por otra parte, tu conducta no me da una compensación.

La amenaza era directa, y ¡qué amenaza!

La desgraciada joven cayó de rodillas.

— Gracia, suplicó, volviendo hacia su hermana la cara contraída por el temor. Tú sabes que preferiría morir.

— Escoge, respondió impasible, Sun-Ray.

Se escuchó sonar la campanilla de la entrada.

Toda la sangre de la joven afluyó á su corazón. Estaba cerca de desfallecer.

La puerta del salón se abrió, y la cabeza de Jonathan Girle (que hacía poco vestía de groom á la trasera del coche) apareció.

— El marqués! anunció dirigiéndose á Sun-Ray.

Al oír esto, Georgina dejó escapar un gemido.

— Jenny, hermana mía, ten compasión.

— ¡Escoge!

Entonces, vencida, la pobre niña suspiró:

— Haré lo que exiges .. ensayaré de hacerlo.

— ¿Lo juras?

— ¡Lo juro!

— Está bien entonces, dijo miss Sun-Ray levantándola. Ya sabía que eras una buena muchacha y acabaríamos por entendernos. Esta noche vendrás al teatro Adelphie conmigo, donde te presentarán al antiguo residente de Nepaul... Sobre todo, ponte hermosa. Y después un consejo : Cuida de no enamorarte de sir Franck y traicionarnos.

Dicho esto, salió del salón.

Georgina quedó sola, sacudida por fuertes sollozos.

LIBRO SEGUNDO

LA BELLA INDÍGENA

I

EN EL TEATRO ADELPHIE

Antes de entrar definitivamente en el drama, cuyos numerosos personajes hemos presentado al lector, nos resta explicar cómo Sauton el Baniano entró á formar parte de la banda organizada por Day-Lily.

Después de terminado su paseo, y concertada una cita con Roberto Vaughant para el día siguiente, para la compra de la casa, Franck, acordándose que su hermano le había dicho que esa tarde había fiesta para celebrar su llegada, y vería á Dick y á Mary, volvió á casa del alderman.

Había fiesta, en efecto, en casa de éste.

¿ Fiesta ?